

Manuel Vilas

# Dos tardes con Franz Kafka



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

**2** dos  
tardes

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Manuel Vilas, 2025  
Por mediación de Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025  
Calle Valentín Beato, 15  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-910-2  
Depósito legal: M.124/2025  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

*A José Luis Aínsa,  
bondad y memoria.*



# Índice

Palabras previas para un diccionario sobre el mejor escritor del mundo.....	13
Diccionario Kafka .....	25
Epílogo .....	147
Post-Scriptum.....	149



*Kafka estaba siempre de buen humor.*

Dora Diamant

*Frente a Kafka cualquier escritor  
es menor.*

Elias Canetti

*Yo soy la novela. Yo soy mis historias.*

Franz Kafka



# Palabras previas para un diccionario sobre el mejor escritor del mundo

## 1. Yo soy el que soy

Yo no soy un lector de Franz Kafka, yo soy su enamorado.

Con mucha probabilidad, yo no me habría convertido en escritor si no hubiera leído a Franz Kafka, o si la obra de Franz Kafka no existiese. Si intento borrar la obra de Kafka de mi alma, me quedo sin vocación literaria. No me interesa la literatura si Kafka no es el dueño de la literatura. Lo cual no es un agradecimiento que yo quiera manifestar aquí a modo de elogio de la obra de Kafka, sino más bien una recriminación cuyas consecuencias ignoro, pero me aventuro a pensar que tal vez, de no existir la obra de Kafka, tampoco existiría la mía, y ese desvanecimiento o desaparición de cientos de páginas escritas hoy me parece deseable e incluso decente.

La palabra decente se opone a la palabra deshonesto. El ejercicio de la literatura, tal como lo entendió Kafka, y

tal como lo legó a generaciones posteriores, produce deshonra o vergüenza o ignominia en la medida en que toda su obra cerca el sentido de la existencia humana y lo diluye en laberintos oscuros y terribles. Es como si Kafka no apoyara la obra de Dios, para decirlo desde la teología judía, tan importante en su obra.

La escritura (digo escritura y no literatura) fue un menester vergonzoso. Porque escribir para Kafka fue enmendar la vida y perder la discreción, el anonimato. Y todo eso es ignominioso. Fue un desnudo. Estar desnudo, y nada te causa más vergüenza que estar desnudo.

Se han escrito a lo largo de la historia de la humanidad miles de libros en muchas lenguas, miles de novelas y de relatos y de cartas. Hay algo monstruoso en la historia de la literatura: todos los libros se parecen porque todos, hombres y mujeres que los escribieron, también se parecen.

Cualquier frase de la obra de Kafka (no hace falta ni recurrir al párrafo) es única, reconocible, distinta a cualquier frase de cualquier otro escritor. Allí es donde nace el sentimiento de deshonra. No profesionalizó su literatura, y de haberlo hecho la deshonra hubiera desaparecido, porque entonces su obra habría tenido un sentido social y no una ausencia de sentido. Porque todos sus libros eran autobiográficos y a la vez legendarios, ocurrían en lugares y tiempos que solo sabía ver su autor.

Kafka es un yo soy el que soy, pero con una corrección salvaje: me gustaría no tener que ser. No me queda más remedio que ser, pues fui concebido por un hombre y una mujer. Me haríais un gran favor, si no es grave molestia para vosotros, si no advirtierais mi presencia en exceso, solo lo escuetamente necesario para no causar males mayores.

Me gustaría causarle al mundo, a la vida y a la existencia humana la más mínima incomodidad.

Y con este deseo, ocurrió justo lo contrario: nos causó la más devastadora incomodidad. Y sin embargo, dentro de esa enervante incomodidad seguía vivo, muy vivo, el deseo de ser nadie, el deseo de ser lo mínimo que se puede ser, casi una visión, un huidizo fantasma.

Y así vivió, y su vida fue maravillosa.

Es lo primero que debemos de decir de Kafka: que llevó una vida intensa y maravillosa, sobre todo para desterrar la equivocada idea de que fue un hombre en la oscuridad y un hombre torturado. Aunque en realidad, esto último también pasó. Pero esa es la grandeza de Franz Kafka, que visitó los cielos y los infiernos.

Fue un hombre maravillosamente torturado por su amor a la vida.

Y yo no lo conocí.

## 2. Libros y títulos

En mi tiránica opinión, en mi totalitaria opinión, la gran obra de Franz Kafka es la novela póstuma *El castillo*. La escribió poco tiempo antes de su muerte. Todos los demás libros, póstumos o publicados, muestran el camino que lleva a esta novela; son como ejercicios preparatorios para la escritura de *El castillo*. Eso sí, grandes ejercicios preparatorios. No puedes decir que conoces la obra de Kafka si solo has leído *La metamorfosis*, que es la novela más popular de Kafka.

Pero bueno, allá cada cual.

Mi manera de desembozar a un falso kafkiano es siempre esa: preguntarle por *El castillo*. Cómo te acabas cansando de la gente, madre mía. Quitadme de en medio a todos esos hombres y mujeres que leen *La metamorfosis* y allí se quedan, con la sensación de que han aprobado un examen de cultura general, que les capacita para opinar en conversaciones cultas.

A mí me deprimen los lectores de Kafka que solo han leído *La metamorfosis*. Lo único que pido es no tener que hablar con ellos. Que se vayan. Que no me hablen. Que mucho mejor hablen con otros que hayan hecho lo mismo: leer y alabar y deslumbrarse ante *La metamorfosis*.

Qué dolor de cabeza.

Mi primera recomendación es leer, como primer plato, las tres narraciones largas de Kafka: *América*, *El proceso* y *El castillo*, por este orden. Y luego el diario, los cuentos, la carta al padre, los epistolarios, en fin, la obra completa. Kafka te manda amorosamente que te leas su obra completa. No te lo manda. Tú sientes esa necesidad, por una razón bien simple: cualquier frase de Kafka es un prodigio de la vida. Por eso acabas leyéndote no solo la obra completa sino todo cuanto se ha escrito sobre él.

Otra cosa: a mí no me gusta llamar *El desaparecido* a la novela *América*.

Como se sabe, el albacea de Kafka, su amigo Max Brod, publicó *América* en 1927, tres años después de la muerte de Kafka. A partir de 1982 la filología y los estudiosos de Kafka decidieron que ese no era el título que Kafka proyectaba, siendo este el de *El desaparecido*. Para ello se apoyan en que Kafka le menciona ese título en una carta a su prometida berlinesa Felice Bauer.

Hay que ser insensible y saber bien poco de literatura para cambiar ese título. Los filólogos no se dan cuenta de que la literatura es más importante que la erudición.

Cambiar el título de *América* por *El desaparecido* es un desatino literario.

Yo siempre llamaré a esa novela *América*, me importan un pimiento todos esos expertos que vinieron al mundo cuando Kafka ya no estaba en el mundo, y se ufanaron en enmendarle la plana a Max Brod, siendo Brod el propio Kafka, porque a partir del 3 de junio de 1924 Franz Kafka se llamó Max Kafka Brod.

Max Brod salvó la obra de Kafka.

Sin él, todos esos expertos no tendrían nada de qué ocuparse, estarían en el paro.

Después de las tres narraciones largas, puedes leer los epistolarios, porque en las cartas de Kafka está Kafka en estado puro. Las cartas a Felice Bauer y a Milena Jesenská son conmovedoras y te conducen a paisajes del alma humana que no has visto antes ni verás en ningún otro escritor.

Puedes seguir con la *Carta al padre*, con los relatos, con los diarios, y al final te acabarás leyendo la obra completa. Porque al final ya te has hecho un adicto a Kafka y lo lees todo, no solo lo que él escribió, sino lo que sobre él escribieron quienes lo trataron en vida.

Eso es muy importante: leer a quienes lo trataron en vida, amigos, escritores, amantes. Siempre dicen esto cuando lo describen: «Era un hombre alto y delgado, de piel oscura y pelo negro».

Medía un metro y ochenta y dos centímetros y pesaba 61 kilos.

No hay acuerdo con respecto al color de sus ojos. Unos dicen que eran azules, otros grises, otros verdes, otros oscuros. Creo que todos tenían razón.

### 3. Kafka en Panamá, Kafka omnisciente

Si has leído a Kafka, y lo has hecho con alegría y fervor, lo llevas siempre en tu interior, en tu alma o en lo que sea ahora el alma. En tu inteligencia, tus emociones, tu psicología, tu memoria. Si lo has leído de verdad, siempre está contigo. Esto ya sé que parece un cuento chino, pero la vida es un cuento chino y, ya que es un cuento chino, que el cuento chino sea immaculado, original, espectacular, distinto, preciso.

Ay, la precisión de Kafka.

Por ejemplo, yo he intentado zafarme de este sentimiento o emoción o cuento chino, porque ya soy viejo y no estoy para mitologías; pues los mitos los crea uno cuando es joven. Sin embargo, con Kafka no he podido jamás.

Tengo sesenta y dos años y he derribado cualquier mitología literaria, superstición o ilusión, a la búsqueda de la libertad y de la verdad. Pero nunca he podido derribar la adoración por Kafka.

He acabado con todos los rusos, he machacado a Flaubert, a Proust, a Faulkner, hasta con Cervantes he terminado, con todos, pero con Kafka es como el primer día. Sigo enamorado como el primer día, como un idiota.

¿Por qué?

Lo puedo explicar así: escribo estas líneas ahora mismo en la ciudad de Panamá, adonde he venido por razones profesionales, a una feria del libro. En mitad de la inau-

guración de la feria del libro me estaba entrando un ataque de pánico, no sabía qué estaba haciendo allí, y entonces pensé en Kafka y mi pensamiento huyó con él y mi ataque de pánico cesó.

Cuando la literatura se vuelve pesada literatura, pienso en Kafka y me salvo. Cuando mi vida como escritor se va al garete, pienso en Kafka y me río. Soy capaz de pensar en todos sus libros a la vez. Cuando te has leído todo Kafka ocurre ese fenómeno de fusión, de concentración, de unidad.

Kafka fue siempre un escritor maduro. Nunca fue un escritor joven. Es verdad que sus primeros libros, como «Contemplación» son más amables o menos ambiciosos, más ligeros, pero son Kafka ya. Es verdad que sin *El castillo* nos faltaría la pieza definitiva del puzzle.

¿Puede un escritor salvarte la vida?

Eso solo lo puede hacer Kafka.

¿Por qué eso no lo hacen Cervantes, o Tolstói, o Shakespeare, o Proust?

Porque todos ellos son escritores históricos, y Kafka no lo es. Creo que Kafka está llamado a ser el gran escritor de la historia de la literatura occidental si esta no acaba derrumbándose, cuando el acto de leer carezca de significado, porque puede que el acto de leer, dentro de quinientos años, y es poner una cantidad de años al azar, no esté vinculado a la vida; ahora leer y vivir son un matrimonio; podrían dejar de serlo; el futuro que vendrá es inimaginable; también eran inimaginables las historias que narra Kafka en su obra antes de 1910.

A veces pienso que aun cuando la literatura desapareciera, no sé, dentro de siete mil años, Kafka perduraría. Ni siquiera le afectaría la extinción de la civilización. Kafka

seguiría allí aun cuando no hubiera nada sobre la faz de la tierra. Los lectores de Kafka se enfrentan a la odisea humana y literaria más apasionante de la historia tal como la concebimos hoy, y tal como se concebirá dentro de trescientos años.

Kafka sabe zafarse de los valores de su tiempo, su intemporalidad es un misterio. No está presente la historicidad del mundo en sus novelas. Quien vio eso muy bien fue Jorge Luis Borges, y Borges aprendió esa lección de Kafka.

No existen la Historia ni la Sociedad, no existe la ilusión de la realidad. Y eso es de agradecer.

No existe la superstición.

Como digo estoy en Panamá, en la Ciudad de Panamá, me paso el día en la habitación al lado del volumen II de las obras completas de Kafka que me he traído desde Madrid, porque me protege de todo mal.

Prescindibles, metafísicamente malditas sean todas las ferias del libro de la tierra, desde la FIL de Guadalajara hasta la Feria del libro de Madrid.

No sirven a la literatura.

Solo sirven al poder político.

La literatura es fuego ilegal y disfuncional.

Fuego enérgicamente descamisado y sórdido.

Es crueldad, asquerosidad y náusea.

Me meto en la habitación y me dedico a hablar con Franz Kafka. A los escritores angustiados y perdidos por el mundo, que no han sabido quedarse en sus casas y dan vueltas de feria en feria, Kafka les escucha.

Franz, tú que no estuviste en ninguna Feria del Libro, apiádate de nuestras almas en descomposición.

Franz, es que tú te alimentabas con un plato de sopa, una cebolla y una zanahoria, y nosotros no sabemos hacerlo,

nos han invadido el corazón. Por eso te hiciste vegetariano. Tengo codicia de tu vegetarianismo. Por un solomillo vendiendo mi alma de escritor al diablo de la política.

Ya está, ya ha pasado, ya estoy metido entre tus páginas y el prodigio comienza, me he traído a este viaje también el otro volumen de tus obras completas, por si me sorprende el fin del mundo aquí.

¿Quién demonios puede estar leyendo a Kafka en Ciudad de Panamá?

Me atrevería a decir que solo yo, en una soledad insostenible, que me aleja del mundo a la velocidad de la luz, que me convierte en un auténtico marciano. Pero para qué leer si no es a Kafka a quien lees.

Claro, es un laberinto kafkiano.

Lo normal es que en esta Feria del Libro de Panamá la gente lea novelas policíacas o con suerte *Cien años de soledad* de García Márquez, o algún *thriller* de Joël Dicker, o a ese chaval que hace magia en las películas basadas en novelas que han hecho millonaria a su autora, no me acuerdo ni de su nombre. No me acuerdo ni de cómo se llama este idiota, gracias, Franz, por borrar su nombre de mi deteriorado cerebro.

El extraterrestre soy yo y no tengo cura.

El monstruo soy yo.

El vergonzoso insecto soy yo.

Yo soy el único culpable y lo mejor es que me ejecuten ya, porque no hay ninguna duda sobre mi culpabilidad; es más, si hubiera alguna duda desde aquí la hago desaparecer con una confesión propia de culpabilidad firmada de mi puño y letra y en pleno uso de mis facultades.

Existimos, luego somos culpables.

#### 4. El fuego

Una de las cartas más bellas del mundo aboga por un incendio, por el fuego. Kafka le escribió esta carta a su amigo Max Brod:

Queridísimo Max, mi último ruego: quema sin leerlos absolutamente todos los manuscritos, cartas propias y ajenas, dibujos, etcétera, que se encuentren en mi legado (es decir, en cajas de libros, roperos, escritorios de casa y de la oficina, o cualquier otro sitio donde pueda encontrarse algo y te llame la atención), así como todos los escritos o dibujos que tú u otros, a los que debes pedírselo en mi nombre, tengáis en vuestro poder. Deben al menos comprometerse a quemar en persona las cartas que no quieran entregarte.

*Tuyo,*  
*FRANZ KAFKA*

Qué ruego más hermoso, el ruego de alguien que se marcha de este mundo, que ya se prepara para la nada, para ser nada.

Quería borrar su paso por el mundo, como si no hubiera existido, como si nunca hubiera sido un ser humano llamado Franz Kafka. Quería hacer desaparecer lo que un día apareció. Hacer desaparecer su expediente. Es el acto de belleza suprema y de humildad abrasadora: desvanecerse, borrar las huellas con tanto ahínco que no haya rastro posible, y sin huellas o recuerdos o páginas escritas o cartas la vida pasada no existe en el presente y si no existe en el presente, tampoco lo hará en el futuro; y de esta forma nunca habrá sido.

En el radical no-ser estaba el dios de Kafka.

¿Cómo quemar *El castillo*, cómo quemar la *Carta al padre*?

Pedir el fuego, el no-ser; que lo que fue no fue.

La vida se elevaba.

¿Qué clase de hombre mandarían quemar esas obras maestras aunque estuvieran inacabadas?

Un hombre enamorado de la oscuridad, enamorado de un dios que gobierna el universo sin haber advertido la existencia de la humanidad, no por descuido, o por falta de diligencia, no por desamor, no por odio, sino porque tiene otros expedientes más urgentes y más importantes que despachar.

Hay muchos expedientes en la oscuridad, también los hay en la visibilidad, y los dioses hacen lo que pueden por cumplir con su extenuante trabajo.

De modo que se agradece la iniciativa bondadosa de algún pequeño trabajador especializado en asuntos menores que decide eliminar su expediente, que pide que sea quemado. No tenemos demasiada alma, solo somos un expediente administrativo. No suelen gratificarse de manera pública, eso sería demasiado elocuente, estos actos de eliminación voluntaria de expedientes; expedientes por lo demás casi siempre anodinos. Se agradece en silencio con un leve movimiento de labios.

Kafka piensa que somos expedientes acumulados en algún sótano de la Administración. Las democracias actuales te dicen que no, que en absoluto eres un expediente, eres un ser humano libre y con cincuenta millones de derechos. En tu mano está a quién creer.



# Diccionario Kafka